COMO EL CIERVO SEDIENTO

El estreno mundial de *My Heart's in the Highlands*, tuvo lugar en el año 2000, en la capilla del Convento de Santa Clara, en Avignon, al tiempo que en el Palacio de los Papas se celebraba la exposición *La beauté in fabula*. Fue el contratenor David James, miembro del Hilliard Ensemble, quien lo cantó. Lo acompañaba al órgano Christopher Bowers-Broadbent. En esta composición, el maestro Pärt puso música a unos versos que llevaba desde adolescente en su memoria, ya que los aprendió en inglés en su época de colegial en la Estonia soviética y nunca los olvidó; quizás porque fue el poema primero, o uno de los primeros, que le enseñaron en ese idioma extranjero; quizás —y más probablemente—, por la belleza de su lírica. Pärt lleva a una hermosura extrema la grandeza que, de por sí, ya contienen las palabras rimadas del rapsoda escocés Robert Burns. La devastación del cantor, que ha perdido a su amor para siempre, está entonada en cada estrofa sobre una única nota de las de la tríada en fa menor.

No puede ser casual que fuera allí, en aquella capilla del siglo XIV dedicada a Santa Clara de Asís —hoy desacralizada y convertida en sala de

espectáculos—, donde se estrenara *Mi corazón está en las Tierras Altas*, de Arvo Pärt. No puede ser azar que, en ese mismo lugar, Francesco Petrarca viera por primera vez a su Laura de Noves. ¿Alguien orquestó esa sincronía? Posiblemente no, y no hizo falta. La Vida traza esas estelas y tiende a veces extraños hilos de oro que van haciendo el ser de la Historia humana, y va hermanando almas —¡las de Petrarca y Arvo Pärt!— y encaja así las piezas: la Vida ubica a la Belleza en los espacios que mejor pueden prestarse a su realización o a su memoria. Y así repara. Sana.

My Heart's in the Highlands, del poeta romántico Robert Burns (1759-1796), recrea una elegía, un llanto por la pérdida y la nostalgia del lugar de origen, del hogar y las raíces que lo sostenían. Porque fueron muchos los adioses que el escritor hubo de vivir a lo largo de su existencia, muchas las despedidas y rupturas, muchos los finales y los «vuelta a empezar», que desbarataron y resquebrajaron reiteradamente sus planes:

> *Mi corazón está en las Tierras Altas, mi corazón no está aquí. Mi corazón está en las Tierras Altas, persiguiendo a los ciervos, persiguiendo al ciervo salvaje y siguiendo al corzo. Mi corazón está en las Tierras Altas, donde quiera que vaya.*

Esa repetición continua en el comienzo de cada estrofa es, a la vez que un signo del dolor que perdura, una llamada, una búsqueda, una esperanza y, sobre todo, una imagen de su lealtad, lealtad a su propio ser y lealtad a aquello que para el poeta era lo más querido y se quedó en las montañas de Escocia: la tierra de sus ancestros. Robert Burns fue testigo de las consecuencias de un proceso que había comenzado catorce años antes de que él naciera. En 1745, la corona británica promulgó leyes que iban dirigidas a eliminar el sistema de clanes, ya que se consideraba que esta forma de organización social era una constante amenaza y las Tierras Altas unas tierras sin ley. (Esta parte de la Historia de Escocia e Inglaterra abarca un período de siglos en las luchas monárquicas).

Como consecuencia de ello tuvo lugar la llamada «Expulsión de las Tierras Altas» o «Expulsión de los Gaélicos». A partir del siglo XVIII millares de escoceses fueron obligados a desalojar sus granjas y a emigrar hacia el sur del país, o hacia Australia o América. El sistema feudal había comenzado a quebrarse, la organización en clanes era insostenible y la migración de sus miembros un exilio en masa, que hubo de acatarse y cumplirse ineludiblemente. En realidad, la expulsión había comenzado ya en el siglo XVII y se mantuvo hasta el XIX. El resultado

fue que, tras el éxodo, muchas personas sufrieron el agrupamiento en suburbios marginales, sin ninguna ley que las amparase y siempre bajo la amenaza de una orden de expulsión.

A las Tierras Altas no llegaron la Ilustración ni tampoco los supuestos avances de la Revolución Industrial. Sus habitantes se habían mantenido durante siglos de sus cultivos y del ganado ovino. El desplazamiento y reasentamiento forzosos no sólo acabaron con su modo de subsistencia y vida sino que también provocaron la separación de las familias. Fueron los líderes de los antiguos clanes los que hubieron de organizar el orden en el que los hombres jóvenes tenían que emigrar —estos eran los primeros—, decidir el destino al que iban a dirigirse, y, una vez en el nuevo país (Norteamérica, Australia), vigilar que cumplieran con la obligación de facilitarles al resto de sus parientes el reunirse con ellos.

Robert Burns era granjero, lo fue durante buena parte de su vida, como también lo fueron su padre y su hermano. Burns nació en Alloway en 1745, cuando ya hacía casi tres lustros que el rey Jorge II había comenzado el desmantelamiento de los clanes de las Tierras Altas. Pero el poeta se haría eco, ya adulto, de todo el antiquísimo esplendor, mezcla de realidad y de leyenda, asociado a los lugares que habían habitado los clanes de Escocia. Así nacieron los

versos del poema titulado *Escrito con un lápiz, de pie junto a la cascada de Foyers, cerca del Lago Ness*, cuyas estrofas grabaría con su anillo de diamantes en las piedras que marcan el sendero hasta los saltos de agua. Y así también creará *Mi corazón está en las Tierras Altas*.

Caminar avanzando entre innumerables arroyos y cuevas, donde se refugian los animales salvajes y el ganado. Bordear en el ascenso acantilados de una altura imposible que fracturan los valles y hondonadas y creer a cada paso que ese será el último, la última pisada, porque el peregrino ya no tiene fuerzas para continuar. Y cuando está a punto de renunciar, una fuerza surgida de no se sabe dónde, si del agua, de los árboles, de la tierra que va hoyando o de su propio ser, lo alza, lo aúpa y le empuja a seguir montaña arriba y... ¡ahí va de nuevo!, ¡ahí se adentra más y más en las algabas, que se suceden sin cesar! Mientras, el agua lo cubre todo, cielo y tierra, con la textura de lluvia y humedad, y brota de continuo un vapor-humo-niebla que a instantes entorpece la vista y a instantes la abre a espacios luminosos, rodeados de vaho y de relente, de rocío y vapor que calan hasta las rocas. Y el ruido. El rugido, el estallido de los saltos en cascada del río Foyers, al que parece urgirle descender, llegar a lo más hondo del valle. Pero no, en verdad el «río-pendiente» no

tiene prisa por alcanzar las Tierras Bajas. Antes quiere demorarse en los límites de los desfiladeros, en lo más insondable, al borde y en las entrañas de barrancos y cavernas, y en las lagunas de sus altiplanicies.

> *Mi corazón está en las Tierras Altas, mi corazón no está aquí. Mi corazón está en las Tierras Altas, persiguiendo a los ciervos, persiguiendo al ciervo salvaje y siguiendo al corzo. Mi corazón está en las Tierras Altas, donde quiera que vaya.*

Uno de los escondidos valles de las Highlands es Glen Etive, donde la mansedumbre se despliega ayudada por sus hermanos menores: el silencio y la soledad, y donde los ciervos campan a sus anchas. Cuando el río Etive entra en el valle ya ha dejado atrás su tramo de corriente poderosa y ahora sus saltos de agua hasta llegar al lago son el único sonido que se bate en medio del sigilo y sosiego del lugar. Glen Etive es la tierra de los ciervos. Animales que habitan en un paisaje indomable, que conocen la furia de las tormentas y la gélida aridez de los glaciares. Saben que en ninguna de esas dos formas el agua puede saciar su sed, porque ninguna discurre en el curso que, vivo en torrentes o rápidos, lleve encauzado su fluir. Pero ni glaciares ni tormentas aniquilan al ciervo o a los